

La persistencia de la memoria

Sobre la represión de la memoria social en Ciudad Juárez

Alberto de la Garza

Resumen

En un contexto como el de Ciudad Juárez, los jóvenes han perdido paulatinamente los espacios en que institucionalmente eran aceptados; ellos son integrados al discurso de la “necesidad de las redes sociales” y a su vez integran y normalizan el uso de la red debido al contexto sumamente violento de las calles de la ciudad. Así, se ejerce una forma de violencia simbólica particular, que ayuda a la generación de una afonía social del dolor. De esta manera, entendemos que una manifestación, que pretende recordar a los asesinados en el estado de violencia social, resulta una ruptura de la afonía, si bien no resulta una formulación de un duelo social, sí un inicio que permite al dolor hacerse audible en una sociedad en la que la afonía del mismo parece ser una constante. Y es el caso de la manifestación de los “Indignados de Juárez”, en la que de manera implícita se cuestionan categorías instituidas de persona, categorías referentes a la jerarquía social (las condiciones económico-sociales, el papel de la universidad en el contexto social y el papel de los jóvenes en dicho proceso) y categorías políticas sobre las instituciones.

Palabras clave: indignados, Juarez, violencia, jóvenes, redes sociales.

Abstract

In a context such as the one present in Ciudad Juárez, México, the young have slowly lost the spaces in which they were institutionally accepted. They have been integrated to the “needs of the social networks” speech, and by the way, they integrate and normalize the use of networks due to the extremely violent context lived in the streets of the city. In this way, a particular kind of symbolic violence is exerted, helping to generate a

* Licenciado en psicología por la UAM-Xochimilco [alberto_delagarza@hotmail.com].

“social aphonia of pain”. In agreement to this concept, we can understand a protest that pretends remembering the assassinated victims in the social violence state as a rupture of that “aphonia”. Although it is not a social grief formulation it is a start point that allows the pain to become audible in a society in which the “aphonia” state is a constant. In the “Indignados de Juárez” protest we can find implicit questionings to the instituted categories about the person, corresponding to the social hierarchy such as social-economic conditions, the role of University in the social context and the role of the young people in this process; and questionings to instituted political categories about institutions.

Key words: indignados, Juárez, violence, young people, social networks.

La libertad de cada uno necesariamente asume la libertad de todos, y la libertad de todos no llegará a ser posible sin la libertad de cada uno [...] No hay libertad real sin igualdad, no sólo de derechos sino en la realidad. Libertad en igualdad, ahí está la justicia.

M. BAKUNIN

La Utopía, no es una cuestión de libre imaginación, es una cuestión de la más profunda urgencia, eres forzado a imaginarla como el único camino posible, y es lo que necesitamos hoy.

SLAVOJ ŽIŽEK

(conferencia en Buenos Aires)

Introducción

En los últimos años, en este país, asistimos a un triste espectáculo: miles de asesinatos y violaciones a los derechos humanos se han tornado en parte de la vida cotidiana de los ciudadanos, primeramente los del norte del país, en la frontera con los Estados Unidos y paulatinamente en los de los estados del sur.

Ante ello, se instala un estado de violencia social, el Estado mexicano crea una *guerra contra el narcotráfico* que, en un sentido práctico, se convierte en una suerte de *patente de Corso* para el rompimiento de

los derechos humanos y civiles. Por lo cual, este artículo pretende hacer una lectura de lo ocurrido el pasado 1 de noviembre de 2011 en las calles de Ciudad Juárez y, con ello, una breve revisión de los mecanismos que se activan en la protesta social en un estado de violencia. Es relevante debido a que una manifestación pública, como la ocurrida el día en cuestión, activa necesariamente diversos registros simbólicos que se entretajan; entre ellos, podemos encontrar dos estrechamente ligados, el registro de *la memoria* y el registro de *lo político*, que en esta ocasión se vinculan de manera clara.

El presente texto surge a partir de la experiencia y las conclusiones de un trabajo anterior (tesis para obtener el grado en la licenciatura de psicología) y a partir del seguimiento que he tenido sobre el fenómeno de los jóvenes en la ciudad, a partir de marzo de 2011. Los datos de los cuales parte el análisis son en su mayoría públicos, obtenidos de páginas web, de diarios de circulación nacional y local, o bien del semanario *Proceso* y el breve seguimiento que da a la nota a partir del 1 de noviembre de 2011. Usaré algunos fragmentos de entrevistas realizadas en Ciudad Juárez en marzo de 2011, a jóvenes de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), algunos de los cuales participaron (varios meses después de las entrevistas) en la movilización del 1 de noviembre, algunos otros simplemente observaron la movilización y se manifestaron de maneras novedosas, mandando y creando correos electrónicos “cadena”, llamando a las personas que conocen fuera de la ciudad para informar de lo que ocurría o bien *posteando* videos de la represión a través de *Facebook* o *Twitter* o cualquiera de las redes sociales disponibles.

Sobre los hechos

El 1 de noviembre de 2011, un grupo de entre 25 y 30 jóvenes, mayoritariamente estudiantes de la UACJ, autodenominados *Los indignados*, se manifestaba por las calles de Ciudad Juárez, pegando con engrudo cruces rosas de papel en las paredes. Al llegar a una de las avenidas más importantes de la misma (Avenida López) cerca de 50

campers (pick ups)¹ de policía con aproximadamente 200 agentes fuertemente armados, interrumpen la manifestación de manera violenta y detienen a los jóvenes por medio de violencia física, la (valga decir innecesaria) intimidación de las armas y su abrumadora mayoría.

Tras las detenciones, en las que se cuentan dos reporteros, uno del *Diario de Juárez* y otro del semanario *Proceso*, se realiza otra protesta frente a las instalaciones de la policía municipal en la que, nuevamente, las fuerzas judiciales realizan violentas detenciones a los manifestantes (esta vez padres y amigos de los detenidos por la misma tarde) siendo golpeado un periodista del *Diario de Juárez*. Los detenidos fueron sentenciados a pagar multas que ascienden a los 500 pesos, por alterar el orden público y dañar propiedad privada.

He decidido no narrar a detalle lo ocurrido en la manifestación de *los indignados*, puesto que resulta innecesario para realizar un análisis de lo ocurrido, simplemente habría que mencionar algunos puntos:

- *Primero*: la protesta pretendía recordar a los asesinados en lo que se ha denominado *guerra contra el narcotráfico*, siendo Juárez uno de los municipios más golpeados por el fenómeno y sus funestas consecuencias.
- *Segundo*: la manifestación se había conducido de manera pacífica hasta el momento de la llegada de la policía municipal.
- *Tercero*: las detenciones se producen de manera arbitraria, puesto que, aun a personas que transitaban por la avenida a bordo de sus automóviles se les detiene, eso es visible en los videos disponibles en la internet.

También creo importante recordar algunos puntos sobre el contexto actual de la ciudad, como podría ser el hecho de que, en junio del mismo año, se produce el diálogo del Movimiento por la

¹ *Proceso. Semanario de información y análisis* (1 de noviembre de 2011) habla de al menos 30 unidades y 100 o más oficiales, los testimonios que recabé entre los participantes, indican cerca de 50 unidades y, como se observa en los videos, cada unidad lleva una dotación de al menos cuatro oficiales [<http://www.proceso.com.mx/?p=286922>], fecha de consulta: 6 de noviembre de 2011.

Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por el poeta Javier Sicilia y se lleva a cabo la *Caravana* a Ciudad Juárez, en la que se realizan mesas de diálogo y reflexión y donde los jóvenes estudiantes de la ciudad quedan simplemente como observadores, sin tener un acceso real a la exposición de sus ideas, pese a que las mesas se realizan en las instalaciones de la UACJ; asimismo, en marzo del mismo año se designa al teniente coronel Julián Leyzaola como jefe de la policía municipal de Juárez, a pesar de los cientos de investigaciones que, en su contra, se han presentado por violación de los derechos humanos en su gestión frente a la policía de Tijuana.

Partiendo de esos sencillos puntos, podremos trazar un análisis que nos permitiría observar las consecuencias psicosociales de la represión ocurrida el día primero de noviembre en las calles de Ciudad Juárez.

A modo de contextualización

Podemos partir de una breve contextualización sobre el asunto de las implicaciones de la protesta en la ciudad, del papel que la memoria desempeña en la movilización social en cuestión, así como de la apropiación del nombre *indignados* por parte de los jóvenes. Iniciando por pensar cómo se crea la identidad del joven en Ciudad Juárez, particularmente en el cómo se entiende *lo político* en la ciudad. Ello debido a que la manifestación de los *Indignados de Juárez* inevitablemente resulta un evento que activa este registro simbólico.

Históricamente, en Juárez el discurso político ha adquirido un carácter similar al de los Estados Unidos, podemos leer en textos como el de Pablo Vila, “Identidades fronterizas”, una clara referencia al desplazamiento geográfico de la pobreza en el imaginario social, una casi total ausencia del discurso de lucha de clases, una ruptura de los enlaces discursivos que relacionan al sujeto con un nombre político (proletariado, burguesía, obrero, etcétera) de manera conjunta con una apropiación del discurso político-social de *apertura democrática* y de *libertades individuales* que provienen de la sociedad estadounidense. Entre estas características del discurso, encontramos la casi total

desaparición del discurso de lucha de clases, como afirmará Martha Giménez:

A diferencia de la mayoría de los países que reconocen la existencia de clases y luchas sociales tanto en la comprensión de sentido común de la realidad social como en el discurso político legítimo, los Estados Unidos permanecen en silencio en lo que respecta a clase y están obsesionados con la política racial y étnica [...] la política de raza y etnicidad ha desplazado la política de clases de la escena política estadounidense (Giménez, 1998:8-9).

Por supuesto, habría que pensar, como afirma Vila, que “la ausencia tan evidente del discurso de clase para referirse a las desigualdades [sociales] está sobredeterminada en la coyuntura actual por ciertos discursos hegemónicos contemporáneos” (1999:267), lo que implica observar el discurso hegemónico que crea dicho sentido. Ese discurso hegemónico, parece ser el que enarbolan las *democracias occidentales*, que implica, como afirma Badiou:

[las democracias occidentales tardo-capitalistas] pueden forjar el sujeto de su igualdad abstracta: el consumidor [...] El hombre del mercado. En tanto hombre (o mujer), es el mismo que cualquier otro, en la medida en que mire el mismo-escaparate. Que tenga menos dinero que otro, y por lo tanto pueda comprar desigualmente es una contingencia secundaria y, por otra parte, no es culpa de nadie (visto de cerca, quizás sea culpa suya) (2003:73).

Ello lleva a pensar en una situación en la que la articulación de un discurso de clases resulta aparentemente innecesaria, lo que aunado a que “una identidad juarense particular se desarrolla en términos de clase, precisamente evitando cualquier discusión en lo que a clase se refiere” (Vila, 1999:281) crea una casi total invisibilidad del *asunto* de la clase social. Podríamos hablar de una *desclasificación* de una población, es decir, al término mismo de la sociedad de clases en Ciudad Juárez, no por la inexistencia de las clases sociales y su marcada división, sino por la invisibilización de dicho discurso, lo

que lo hace desaparecer del imaginario social, de las comprensiones y significaciones que la sociedad crea y en las que vive.

Claro es que “el desclasificado está privado no solamente de un nivel de existencia autónoma, y por ende, de la posibilidad de liberarse de la presión de las necesidades, sino sobre todo del reconocimiento social” (Bourdin, 2010:22). Esta *desclasificación* lleva al sujeto a una *colocación simbólica* en la cual le es sumamente complicado plantearse en colectivo frente a las desigualdades sociales.

Quando existía la sociedad de clases, los partidos proletarios [...] cualquier campesino de cualquier país podía recibir un nombre político, al igual que cualquier obrero de cualquier ciudad [...] su situación simbólica existía, y ese mundo era un mundo [...] “Excluido” es el nombre de lo que no tiene nombre, así como “mercado” es el nombre de un mundo que no es mundo (Badiou, 2003:73).

Esta *deprivación* implica la pérdida de un “mapa cognitivo” donde poder situar las desigualdades, la violencia, los fenómenos del orden social, es lo que Žižek (a partir de la lectura de Badiou) nombra *worldless*, un vacío de sentido en el sujeto de este poder ejercido, una invisibilidad total (ante la carencia de ese “algo” en el “mapa conceptual”) de fenómenos de violencia *sistémica* o *simbólica*. Simplemente porque “no existen” en el mundo de los sujetos, ese “algo” que es lo que se podría articular como las manifestaciones de la “realidad”, con una posible reacción ante “lo real” de la situación de la realidad social que viven.

Podemos pensar que en el mundo actual:

[...] la política es una “biopolítica-postpolítica” [...] “postpolítica” una política que afirma dejar atrás las viejas luchas ideológicas y además se centra en la administración y la gestión de expertos [...] “biopolítica” designa como su objetivo principal la regulación de la seguridad y el bienestar de las vidas humanas [...] ambas causas se solapan, cuando se renuncia a las grandes causas ideológicas, lo que queda es sólo la eficiente administración de la vida [...] Esto implica que con la administración de especialistas (especializada), despolitizada y socialmente objetiva, y con

la coordinación de intereses como “nivel cero” de la política, el único modo de meterle pasión en este campo, de movilizar activamente a la gente, es haciendo uso del *miedo* [cursivas mías], constituyente básico de la subjetividad [...] La “razón” biopolítica es al fin una política del miedo (Žižek, 2008:55).

De tal suerte, la articulación de una movilización social entre los jóvenes de Ciudad Juárez difícilmente se puede lograr hoy a partir de una conjunción surgida del discurso de clases, es decir, la mayoría de los jóvenes juarenses no se encuentran a sí mismos en las definiciones tradicionales del discurso de clases, no por ser ajenos a ellas en un plano de realidad social (pensando como Žižek, en una división lacaniana entre “lo real” y la “realidad”, entendidas la primera como una dimensión fantasmagórica y la segunda como un plano de realidad material-social) sino porque han sido privados por la estructura social del *mercado convertido en mundo*, de un enlace discursivo tal, que les permita *reconocerse* en dichas categorías. Podemos pensar entonces que dicha forma de conjunción en aras de una movilización social, deberá ser creada desde otros discursos que no apelen directamente al discurso de la sociedad de clases.

Aunado a esto, habría que pensar en dos factores que tienen un papel decisivo. A saber: la proliferación y el uso de las redes sociales y la difusión mundial del fenómeno de “Los indignados” en España y en los Estados Unidos.

Ser un “Indignado” en Ciudad Juárez

En un contexto como el de Juárez, los jóvenes han sido llevados paulatinamente a una pérdida de los espacios en que institucionalmente eran aceptados (léase discotecas, parques, centros comerciales, etcétera) y ante ello, se han visto cada vez más inmersos en las *redes sociales*, es decir, si bien el fenómeno social de la *red* es de dimensiones globales, entre los jóvenes (y aun entre la población adulta), en este caso, se convierte en uno de los espacios primordiales para la generación de vínculos sociales entre los jóvenes. Es claro que las condiciones sociales

han fortalecido la estancia de los jóvenes en casa, con el subsecuente uso de las *redes sociales* como una herramienta para encontrarse con su grupo de pares y para crear nuevos vínculos sociales.

ANA: Ya no somos jóvenes, ya no somos jóvenes [...] si vas a un antro vas con miedo a que te quieran matar, si vas a una fiesta vas con el miedo de que vaya a haber una masacre como las que ya ha habido [...] Yo creo que nos han robado el derecho, la identidad de ser jóvenes, adolescentes, como desastrosos, divertidos, extrovertidos [...] ya no hay nada de eso aquí.²

ÁTOMO 3: Yo creo que es la única manera de salir, *metafóricamente hablando*, son las redes sociales, es la única diversión, el único pasatiempo porque realmente aquí en Juárez ya no hay lugares para divertirte, y si vas a algún lugar, pues que se usaba para divertirse, ya tiene dos o tres como ataques, ya no vas porque ya agarró cierta fama el lugar.

ÁTOMO 1: A mí se me hace importante lo que hablan de las redes sociales, se ha convertido en un escape bastante interesante, pláticas con amigos que no ves, puedes decir pues vamos a un lugar o vamos a esto y es difícil, y no es nada más el hecho de salir, porque eso pasa a segundo plano, como lo del miedo, eso de escuchar un tronido es extremo, dormir y pensar ay a ver si mañana regreso o estar preocupado por tu familia o por tus amigos, es una revoltura que sí cala.³

Habría que pensar que el joven juarense (el joven medio, que estudia y que no se encuentra envuelto en pandillas y demás aspectos de la vida al margen de la ley del Estado) y la gran mayoría de la población, como un grupo (o varios) que resultan *invisibilizados*,

² Material de las entrevistas citadas anteriormente. Realizadas en marzo de 2011 entre estudiantes de la UACJ, en particular de las licenciaturas en psicología y sociología, con una edad de entre 18 y 22 años.

³ Los entrevistados que aparecen como “Átomo” son miembros del colectivo “Átomos-Isótopos” de la UACJ, todos ellos de licenciaturas del campo de las humanidades, mayoritariamente sociología y psicología. Por expreso pedido, no los identifiqué con un nombre.

es decir, al pensar en el contexto de Ciudad Juárez, el *común* de la población, no piensa en los jóvenes estudiantes, en los y las obreras de la maquila (eufemísticamente llamados con el perverso nombre de *operarios* o *socios*) ni en la población media, el imaginario del *común* piensa en lo que el discurso hegemónico ha planteado, crimen, homicidio, *narcos*, *cholos* y *maras*, etcétera. Motivo por el cual la voz de esta población difícilmente se escucha fuera del contexto de su ciudad. Y en ese contexto, la figura del joven queda aún (si es posible) más oculta, puesto que si en algún momento (como en la caravana encabezada por Javier Sicilia) su voz se hace audible (y aun inteligible) para el resto del país, es la voz de los adultos (madres de víctimas de la violencia, psicólogos, políticos, etcétera) la que se deja oír, colocando al joven en una posición de *doble exclusión*; por una parte no se le escucha porque es simplemente víctima de la violencia y *desaparece* de la vista del común de la población y por otra parte no se le escucha por el simple hecho de ser joven.

Entonces, podemos observar fácilmente que en una ciudad, cuyo contexto presenta una fuerte dosis de violencia social, los jóvenes buscan, para crear y fortalecer sus vínculos sociales, los grupos virtuales, en parte porque los procesos de sociabilización se ven afectados por la violencia social (en este caso aquella ligada al fenómeno del narcotráfico y a su subsecuente represión bautizada *guerra contra el narcotráfico*) y en parte porque la estructura social, a través de los medios de comunicación y demás formas de establecimiento institucional de un discurso, han apoyado el fortalecimiento de las redes sociales generando así la “necesidad” de poseer un perfil en una de ellas (particularmente en *Facebook* y *Twitter*). De tal suerte, los jóvenes de la ciudad son integrados al discurso de la “necesidad de las redes sociales” (¿expresión *máxima* del panóptico foucaultiano?) y a su vez integran y normalizan el uso de la red debido al contexto sumamente violento de las calles de la ciudad.

Es así que, de alguna manera, los jóvenes *legitiman* un discurso que proviene de las condiciones hegemónicas y hacen uso de él y de sus dispositivos (en este caso las redes sociales), en una suerte de *resistencia* (vista desde De Certeau) en la que utilizan un elemento de la hegemonía para un fin propio y particular que en ocasiones,

es contrario a los fines para los que fue previsto (Abal, 2007). Así, las redes sociales, a partir de las movilizaciones de África (llamadas tal vez con un exceso de complacencia “las Revoluciones Africanas”) y del movimiento surgido en España el “15-M” (también llamado “los Indignados” o bien y aunque de nuevo no coincida con la denominación “La Revolución española”) nos dejan ver una faceta de su naturaleza, que el mundo no había conocido, la de ser vehículos masivos para la organización de la protesta civil y ser a la vez, portadoras de una narrativa social alterna a la creada desde el poder.

Bauman pensará (entrevista para el programa de televisión *Fronteiras do Pensamento*)⁴ que el término *redes sociales* es un concepto propio de la sociedad actual, que si bien implica una facilidad de conexión entre individuos, también implicará (y tal vez sea la dimensión más atractiva de las redes) una facilidad de des-conexión, que jamás se había visto en la historia humana, puesto que los individuos que ingresan a dichas redes, no realizan una “jura” tal como lo hacen los individuos en su comunidad (familia, amistades, etcétera) por lo que el vínculo creado por ese individuo, se puede romper con facilidad, de manera simple y sin grandes cuotas de dolor o angustia. Pero, en cambio, el vínculo es endeble, y ayuda a crear una “multitud de solitarios”, es decir, es un vínculo seguro, de fácil creación y fácil desmontado, pero que resulta poco satisfactorio. De tal suerte, si bien los jóvenes de alguna manera crean y fortalecen sus vínculos sociales a través de una red social, también son minados en los mismos vínculos por la herramienta.

Y es aquí donde merece la pena una revisión sobre ambos fenómenos, creo prudente observar la relación que guarda el fenómeno de “los indignados”, tanto en Ciudad Juárez, como en España.

El movimiento “15-M” (pese a que sus orígenes exactos son difícilmente rastreables) parece surgir a partir de las protestas de Mayo de 2011 en España, dichas movilizaciones buscaban una *democracia participativa*, alejada de los esquemas políticos tradicionales y una toma real de distancia entre los poderes políticos y los económicos (léase Fondo Monetario Internacional, bancos, etcétera). Y con

⁴ [<http://youtu.be/LcHTeDNIarU>].

consignas como “¡Democracia YA!” o “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros” y manifestaciones pacíficas y *plantones* buscaban expandir y hacer oír al *común* de la sociedad sus puntos.

Si bien estas protestas surgen a partir de la profunda crisis económica que en España se presentó desde finales de 2010 y 2011 (y que poco a poco ha sido compartida por casi toda Europa), dichas movilizaciones hacen sentido, si pensamos en el clásico punto anarquista de Bakunin “La primer condición para la revolución social y económica es la banca rota –pública y privada–” (Bakunin, 2004:231). Pero la protesta surgida en España no sólo es dirigida contra una institución política o contra una situación puntual o concreta, la protesta proviene de un lugar mucho más añejo, a saber, el sistema económico del tardo-capitalismo, que lleva a la generación de corrupción, avaricias y aun la supuesta renuncia a las ideologías surgidas a partir de la “lucha de clases” en pos de las luchas que el *consenso liberal* apoya (luchas de género, raciales, contra el “fundamentalismo” y demás) es decir, el surgimiento del “15-M” o de “Los Indignados” responde a una lucha en la que (tal vez a modo de negación dialéctica) el problema vuelve a ser el *capitalismo*, la explotación que éste fomenta, la corrupción sin la cual difícilmente sobrevive y las condiciones de vida de la mayor parte de la población mundial.

De tal suerte, las protestas de *los indignados* surgen de una suerte de *banca rota* no sólo material (que afecta las condiciones de vida de los sujetos) sino de una *banca rota ético-política*, ante la supuesta renuncia de las grandes luchas ideológicas y la adopción de un sistema social fundado en el mercado. Por ello, los postulados, las demandas no son del todo claras y el movimiento se presenta con una horizontalidad que parecería anárquica, pero que logra una convocatoria y una organización novedosa. Aparecen como un *silencio*, debido a que las propuestas del grupo son mínimas y en algunos casos nulas, esto para Žižek (2011)⁵ implica *dar un paso atrás*, retirarse de cualquier debate que no sea el de las condiciones del sistema capitalista actual.

⁵ *El País*, 16 de noviembre de 2011 [http://politica.elpais.com/politica/2011/11/16/actualidad/1321471888_335035.html], fecha de consulta: 5 de enero de 2012.

Pero ¿cómo se articulan éstos puntos en un hecho de represión ante una marcha? Podríamos mantener en mente los elementos anteriormente citados y podemos comenzar un intento de análisis de la situación que da origen a este texto, la represión por parte de la policía de una manifestación *in memoriam* de las víctimas de la llamada *guerra contra el narcotráfico*.

A modo de análisis

La manifestación del 1 de noviembre de 2011 fue convocada con el fin de recordar a las víctimas de la violencia que a lo largo de los últimos años se ha visto crecer en la ciudad. Ello implica un fuerte ejercicio de memoria y una búsqueda de la explicitación de una *memoria colectiva*.

La protesta es, en sí misma, un acontecimiento que implica diversos registros simbólicos, por una parte, activa la *memoria social* de un grupo que ha sido azotado por la violencia (a saber, los jóvenes, particularmente aquellos que no están involucrados en el fenómeno de la compra-venta de drogas y/o en los fenómenos de pandillas, en Ciudad Juárez) activando con ello los mecanismos de duelo y la búsqueda de significación de la violencia y con ello la *arena de debate* de la memoria, explorando la posibilidad de expresar el dolor. Por otra parte, activa un debate profundo sobre las condiciones sociales que han favorecido el desarrollo de la violencia social en la ciudad (y eventualmente en todo el país), siendo este debate del orden de lo político-económico-jurídico, puesto que pone en tela de juicio categorías como la validez de la protesta, las condiciones de vida en lo social-económico (con ello el orden económico y jurídico de la sociedad) y aun las categorías de persona involucradas en el fenómeno (tales como *narco*, *criminal*, etcétera). Incluso, al tomar el nombre de *los indignados*, los jóvenes manifestantes activan una búsqueda identitaria que los relaciona con un fenómeno que surge en un contexto social que difiere bastante del suyo, pero que sin embargo posee características que los acercan, particularmente las referentes a las condiciones socioeconómicas de las sociedades

tardo-capitalistas actuales y las condiciones políticas de las llamadas *democracias occidentales*. Y al tomar el nombre genérico de diversos movimientos a escala mundial, también colocan como uno de los ejes de la movilización una *pasión*, que en términos reales, resulta similar a lo que Arendt describe como *rabia*...

[...] la rabia no es en absoluto una reacción automática ante la miseria y el sufrimiento [...] la rabia sólo brota ahí donde existen razones para sospechar que podrían modificarse esas condiciones y no se modifican (1996:85).

De tal suerte, la identificación con “los indignados” de otras partes del mundo, juega en un doble registro simbólico; por una parte ubica al movimiento con un contexto global que no hace uso de un nombre político propio de la sociedad de clases (llámese *partido obrero*, *intelectuales*, *burguesía*, etcétera) y por la otra parte busca colocar al centro de la movilización social una emoción-pasión la indignación-rabia, llevando a la colectivización de la protesta al terreno de la pasión y a la pasión como un eje de identificación colectiva. Y este punto en particular, merecería un análisis profundo, pero sale de nuestro asunto, por ello ni siquiera pretenderé buscar en este texto una explicación.

Valdría la pena pensar que la denominación que los jóvenes usan para sí mismos, parece implicar una simultánea *exclusión/inclusión* en un *común* social. Es decir, los jóvenes se autodenominan de la misma manera que los jóvenes que protestan en las calles de los *países desarrollados*, a pesar de que sus motivos de protesta no son necesariamente los mismos y que las condiciones sociales y materiales de su existencia no son, ni con mucho las mismas. Sin embargo se integran simbólicamente como parte de un grupo que se ha hecho visible al *común* de la población mundial, al mismo tiempo, se nos presentan a partir de estar excluidos de la sociedad cercana (léase el *común* de la sociedad mexicana), que los mantiene en una posición de *invisibilidad*, la cual de cuando en cuando se *fractura* y los presenta a ese *común*, pero de una manera en la que su voz no es audible, o resulta incomprensible, como cuando asesinan a algún activista de derechos humanos, o por citar un ejemplo, cuando balearon al

estudiante José Darío Álvarez. Pero en esas *fracturas*, la voz de esos jóvenes no es comprensible por el *común* de la población a causa de un fuerte ejercicio de violencia simbólica, resulta simplemente audible de momento, pero como con la idea del *bárbaro*⁶ (como lo afirma Bourdin en su texto sobre exclusión), su discurso resulta incomprensible.

Debemos pensar para cualquier análisis del acontecimiento ¿qué implica una manifestación *in memoriam* de un grupo de víctimas de la violencia en Ciudad Juárez? El primer punto que debemos pensar, me parece que es el ejercicio de memoria *per se* que implica dicha manifestación.

En el contexto de la ciudad se ejerce una forma de violencia simbólica particular, que ayuda a la generación de una *afonía social del dolor*. Esta forma de violencia ejercida desde el *común* de la sociedad mexicana y más en particular desde el aparato mediático (que sirve a los intereses y discursos del poder) es la siguiente: el aparato mediático, a través de su discurso, convierte a las víctimas de la violencia en un *otro* prescindible, creado a partir de la categoría de persona *criminal/narco*, ello por supuesto reproduce un discurso proveniente de la estructura misma, que además *asegura la angustia* del colectivo, puesto que la víctima de violencia *siempre* pertenece a “los otros”, *siempre* es parte de los sujetos prescindibles, no de el *nosotros* sintético creado como un *común* desde el discurso del poder. Es decir, el discurso que se presenta en el aparato mediático, convierte a las víctimas de la violencia social (asesinatos en las calles, jóvenes muertos en *fuego cruzado* o las tristemente célebres *muertas de Juárez* y demás) en sujetos susceptibles de ser *criminalizados*, de ser vinculados, aun por mera sugerencia, a la categoría de persona correspondiente al *narco/crimen organizado* y por ende los convierte en

⁶ Bourdin plantea en “La exclusión social como violencia”, *Revista virtual Universitas Philosophica*, núm. 54, año 27, junio de 2007, p. 26 [<http://www.mottif.com/clientes/philosophica/pdf/54/1.bourdin.pdf>], fecha de consulta: 10 de junio de 2011, que la voz del “excluido” al ser colocada al centro de la visibilidad social por alguna contingencia histórica (una huelga, guerra, etcétera) puede llegar a los oídos del *común* social (creado sintéticamente desde el discurso del poder) pero su contenido no parece significar algo para ese *común*, por lo que se vuelve algo similar al antiguo *bárbaro* en la idea grecorromana.

sujetos *malignos*, que en la concepción del discurso hegemónico son sujetos prescindibles, a los cuales se les reconoce el *ser humanos*, pero se los considera “malos” y por ello se puede prescindir de ellos. Luego entonces, las víctimas del estado de violencia social (sean asesinadas por los grupos criminales, por el ejército y las policías o de manera circunstancial) son presentados fácilmente como *vinculados al narco*, haciendo que las familias, amigos y conocidos de la víctima, tengan dificultades para expresar su dolor, puesto que “lloran por un *narco*”, lo que en el discurso hegemónico puede ser similar a “llorar por el enemigo”. Generándose así una *afonía del dolor*, mismo que se queda *aprisionado* en el sujeto, confinándolo, como afirma Venna Das, a ser *un cuerpo solitario* (Goluvob, 2009:299).

Sobre la memoria y la protesta social

De esta manera, entendemos que una manifestación, que pretende *recordar* a los asesinados en el estado de violencia social, resulta una ruptura (aunque sea breve) de la *afonía*, resulta si bien no una formulación de un duelo social, sí un inicio, que permite al dolor hacerse audible, en una sociedad en la que la afonía del mismo parece ser una constante. Si pensamos que, como afirma Das (Goluvob, 2009:300), la frase “tengo dolor” (como símbolo de la verbalización del dolor) no apunta al *dolor en sí*, sino a la comprensión del *otro*, podemos pensar que la ruptura de la *afonía social del dolor* apunta también a la generación de un vínculo que resulta sólo aprehensible de manera emocional, de manera (forzando el término) *epidérmica*, sólo a partir del contacto directo con la situación de violencia y con el grupo afectado. La ruptura del silencio permite a los sobrevivientes de las víctimas crear una *comunidad de dolor*, en la que el dolor se expresa (aun si no se lo puede nombrar directamente, sino sólo aludirlo). Si pensamos como Freud que:

En el fondo nadie cree en su propia muerte, o lo que es lo mismo, que en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad [...] Esta actitud convencional [...] ante la muerte queda

complementada por nuestro derrumbamiento espiritual cuando la muerte ha herido a una persona amada [...] Enterramos con ella nuestras esperanzas, nuestras aspiraciones y nuestros goces [...] la vida se empobrece y pierde interés (1915:1010-1011).

Podemos vislumbrar la importancia de la *comunidad del dolor*, que implica buscar de manera colectiva, si bien no una “cura” al dolor de la pérdida, sí una paliación y una ayuda para tratar de significarla.

Por otra parte, la manifestación de este dolor y su “colectivización”, activan una suerte de *arena de debate* (en términos de Jelin) que trata de hallar un significado para el dolor y la muerte. En esta *arena de debate* los actos de conmemoración adquieren una *centralidad* particular, debido a que reconstruyen el suceso traumático y coadyuvan en la búsqueda de la significación del mismo, así como en la generación de una suerte de vínculo identitario (Jelin, 2002).⁷

Asimismo, “los cambios de escenarios políticos, la entrada de nuevos actores sociales y las mudanzas en las sensibilidades sociales inevitablemente implican las transformaciones de los sentidos del pasado” (Jelin, 2002). Es decir, la remembranza de sucesos pasados, no se fija de una manera estática, sino que se va transformando a lo largo del tiempo, en buena medida, a partir de los referentes que el *momento actual* de la sociedad que en cuestión determina. Ello implica que el acontecimiento adquiere significaciones particulares a partir del contexto coetáneo al testimonio social. Lo que convierte a la memoria en la *arena de debate* que busca una significación al acontecimiento pasado en conjunción a diversos factores, entre ellos, el momento social, lo traumático del suceso, el discurso hegemónico coyuntural y el *saber venenoso* del que habla Das Venna.

Este *saber* “pone en evidencia las contradicciones y ambigüedades en las que se funda la sociedad” (Jimeno, 2009:306), al poner de relieve las contradicciones del discurso hegemónico en la sociedad en relación a las condiciones *reales* de vida en la misma y más aún a

⁷ Véase Elizabeth Jelin, entrevista sobre memoria [[http://www.youtube.com/watch?v=ae\]x5AqemyI](http://www.youtube.com/watch?v=ae]x5AqemyI)], fecha de consulta: 11 de enero de 2012.

la luz del suceso traumático, el sujeto se debate constantemente (en ocasiones de forma violenta) entre dos formas de significar su contexto y el suceso. Fortaleciéndose así la *afonía social del dolor*, puesto que el grupo carece de una *certeza* desde la cual hablar, en vez de eso, posee múltiples testimonios fragmentales, con un tiempo no lineal (puesto que la memoria implica un tiempo no lineal, como lo afirman Jelin y Halbwachs)⁸ que además se encuentran en una pugna constante por hallar una significación, que además se encuentran “contaminados” por el acontecimiento traumático, por lo que en ocasiones, los testimonios parecen poco congruentes y poco articulados como para dar una clara significación del suceso. Es un proceso que implica una ruptura de la linealidad del discurso, que implica “un re-vivir que no se opaca o se diluye con el simple paso del tiempo” (Jelin, 2002)

Asimismo, como en el testimonio del acontecimiento traumático (en este caso la violencia social) se ve inmerso el *conocimiento venenoso*, podemos entender que se cuestionan diversas categorías (social e individualmente instituidas) de forma implícita al testimonio. Es el caso de la manifestación de los *Indignados de Juárez*, en la que de manera implícita se cuestionan categorías instituidas de persona (el ser víctima de la violencia, el ser *narcocriminal*, el ser joven) categorías referentes a la jerarquía social (las condiciones económico-sociales, el papel de la universidad en el contexto social y el papel de los jóvenes en dicho proceso) y categorías políticas sobre las instituciones (el papel de la policía y el aparato represivo del Estado, el papel político de la universidad y de los jóvenes, etcétera). Por lo que la ruptura momentánea de la *afonía social del dolor* que se hace patente en la manifestación, lleva implícita una serie de cuestionamientos sobre el contexto social en general, que parte de la vivencia subjetiva y la contradicción de ésta con el discurso hegemónico y a la vez se crea en pos de encontrar una significación social y personal al suceso traumático, máxime cuando de una situación de gran sufrimiento social se trata. Mientras que busca crear una *comunidad de dolor*, en la que sea posible la afirmación de Wittgenstein “mi dolor puede residir

⁸ Para mayores datos véanse E. Jelin, “Los cuadernos de la memoria”, y V. Hernández, “La memoria colectiva de Maurice Halbwachs”.

en otro cuerpo” (Jimeno, 2009:301), esto es lo que implicaría que ante la *incapacidad intrínseca del lenguaje para dar cuenta del dolor*, y ante una sociedad que se ve obligada a una afonía del dolor en lo referente a lo social, “al nombrar el lugar donde reside mi dolor encuentro el cuerpo del otro” (Jimeno, 2009:302).

De tal suerte, la manifestación en cuestión parte de la memoria y de la búsqueda de sentido ante el suceso traumático, para “colectivizar el dolor”, pero al mismo tiempo, esa búsqueda implica una necesidad política, que se liga de forma indisociable con la memoria en la *arena de debate* de la que ya hablamos. Asimismo la pretensión de los marchistas de realizar una marcación territorial que coadyuve la memoria, debe ser tomada como un intento de significar los procesos de sufrimiento social, realizando una suerte de *políticas de la memoria*, no leídas desde el Estado, sino desde la población civil. Es notoria la importancia que para esta *colectivización del dolor* y de la memoria, tiene el crear espacios propios, espacios físicos en los que la memoria pueda ser llevada a la construcción de una *narrativa* común a una comunidad. Las pintas, pegar carteles, ocupar algún espacio (como los campos algodonereros) y demás son precisos para el colectivo que se manifiesta, siendo espacios lógicos en los cuales la memoria puede ser “depositada”, materializada.

Cuando los jóvenes plantean pegar los nombres de las víctimas de homicidio en la ciudad, lo que plantean es una materialización de la memoria, puesto que de ocurrir lo contrario, (es decir, si carecen de un espacio físico para “depositar” esa memoria) es difícil que los sentimientos individuales, las vivencias de acontecimientos traumáticos que han enfrentado de manera única y particular, sean transmutados en una serie de significados colectivos y, por tanto, resulta difícil que los sujetos encuentren una reducción a la angustia y al dolor.

Es digno de pensarse el lugar que ocupa la represión policiaca dentro del contexto de esta movilización. Puesto que, la marcha se condujo de manera pacífica, pero al momento de colocar cruces rosas en varias bardas de la ciudad, no sólo plantean la necesidad de memoria, sino que plantean un reclamo al Estado y aun al tomar la decisión (consciente o no) de pintar las bardas de un banco, hacen (simbólicamente) una declaración sobre la implicación de la estructura

económica en el serio problema de la violencia social que existe en la ciudad. Si sumamos a esto que los indignados, tanto en los países europeos como en los Estados Unidos, Brasil y Chile pretenden cambios en la estructura socioeconómica, parece evidente que los jóvenes (de manera consciente o no) saben o suponen que uno de los principales elementos propiciatorios del estado de violencia social es lo económico-político y por ello lo colocan dentro de su manifestación *in memoriam*. Lo que supone posicionarse políticamente.

Las autoridades del municipio de Juárez responden a esta manifestación de la ruptura de la *afonía social* y a este posicionamiento político, con el arma que usualmente responden: la represión policiaca. Valga decir que en Juárez la represión puede venir también de manos del Ejército Nacional (lo que hubiera situado en otro registro simbólico la represión), pero en esta ocasión, la Policía Municipal fue la encargada de la represión, lo que coloca a la manifestación en el registro simbólico de lo *criminal* (puesto que ante la protesta, el Estado lanza como oposición a la fuerza encargada de los asuntos criminales). Esta represión implica la *criminalización* de un fenómeno, en este caso, en el discurso de las autoridades lo que se criminaliza es el pegar las cruces de papel en las bardas de la ciudad. Pero resulta evidente que el hecho represivo tiene que ver con un asunto de mayor calado.

La represión de la manifestación apunta fundamentalmente a dos registros simbólicos que se dejan ver claramente; el primero de ellos es la represión a la toma de las calles y a la apropiación de los espacios públicos por parte de los jóvenes (en este caso). Esto resulta consecuente con la línea de *mano dura* que el teniente coronel Leyzaola representa, una línea marcada por una fuerza disciplinaria que se ejerce de manera en ocasiones brutal (baste ver la cantidad de denuncias en su contra ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos)⁹ y que tiene como un claro referente servir a los discursos que provienen de

⁹ Simplemente en febrero de 2012, *La Jornada* habla de 23 denuncias por violación a los derechos humanos, contra la policía municipal por él presidida. *La Jornada*, 10 de febrero de 2012. Mientras que el diario virtual local *Código Delicias*, habla de 37 denuncias en lo que va del año directamente contra él [<http://www.codigodelicias.com/ver.noticia.php?id=15002>], fecha de consulta: 5 de enero de 2012.

estructuras de poder superiores (léase Estado mexicano y los fuertes intereses de la burguesía empresarial juarense que lo llevo de Tijuana a la ciudad). Es claro que este discurso busca reproducirse y perpetuarse, por lo que a las voces disidentes las convierte en *voces criminales* y en consecuencia opone al poder policial. Además crea una *narrativa* en la cual el poder del Estado (del Estado en turno, ya sea local o federal) resulta ser una suerte de *padre protector*, que “salva” a la ciudadanía de algún supuesto enemigo (el comunismo a mediados del siglo XX, el terrorismo y ahora el *narco/crimen organizado*) construyendo categorías de persona y situando de manera (usualmente maniquea) las relaciones sociales en esta *narrativa desde el poder*, de la manera más coincidente con sus intereses.

Pero además de esa narrativa construida desde el poder y del ejercicio del mismo mediante la represión policial, encontramos un segundo registro simbólico, que resulta más difícil de observar a simple vista: el intento de evitar una *colectivización de la memoria*.

Evitar la *colectivización de la memoria* resulta vital para la estructura en el poder y su narrativa, particularmente en una ciudad con la presencia de un fenómeno de violencia social tan fuerte como en el caso de Juárez.

El hecho de que la memoria y el dolor social se expresen de forma abierta, y aún más, que se manifiesten ubicando la responsabilidad en las autoridades (en esta ocasión locales), y que se tomen los espacios públicos como *lugares de memoria*, pone en peligro a las mismas, puesto que las pone en tela de juicio y desmiente desde la experiencia y la vivencia subjetiva (desde el *conocimiento venenoso*) el discurso que desde las estructuras de poder se ha creado (a saber “Vamos ganando la guerra contra el narcotráfico”, “Sólo mueren criminales”, etcétera). Al mismo tiempo que rompe la *afonía social del dolor* y con ello crea vínculos sociales a través de la comprensión de las incongruencias del discurso hegemónico, rompiendo el *común* sintéticamente creado en la ciudad y sustituyéndolo por una suerte de *comunidad de dolor*, que si bien no logra involucrar a la totalidad de la sociedad juarense, al menos logra darle visibilidad a un proceso de sufrimiento social que se desarrolla frente a nosotros de manera silenciosa, invisible. Si pensamos la afirmación freudiana:

El Estado combatiente se permite todas las injusticias y todas las violencias que deshonrarían al individuo [...] el Estado exige a sus ciudadanos un máximo de obediencia y de abnegación, pero los incapacita con un exceso de ocultación de la verdad (Freud, 1915:1005).

Podemos pensar la relevancia de la creación de una narrativa de memoria creada desde la ciudadanía, que sustituya ese *común* creado a partir del discurso hegemónico. Por supuesto, el Estado se encuentra en una posición combatiente, que es visible en la apropiación del término “guerra”, usualmente reservada para los conflictos entre Estados y que corresponde a una categorización simbólica sobre lo militar y que en este caso es aplicado en contra de una categoría de persona *narco*, que suele corresponder al registro simbólico de lo criminal. Luego entonces, al poner en tela de juicio la narrativa creada desde el poder, implica un peligro para las estructuras del mismo.

Huelga entonces decir que la manifestación, como un acto de memoria, atraviesa directamente la dimensión de lo político y amenaza el estatus de un grupo, al desafiar la narrativa que éste ha construido, la cual ampara el uso de la represión policial no sólo contra el *criminal/narco*, sino contra aquellos que promueven la memoria como una necesidad para pensar el fenómeno. Además, en este caso, encontramos un nombre que simbólicamente vincula al movimiento con una forma de entender la política que parece novedosa y que parece ser el inicio de “algo”, con un posicionamiento político que reclama objetivos que atañen a la estructura en sí, a partir de las particularidades locales y que parece reclamar una modificación de las condiciones estructurales. Por lo que podemos pensar que en la *narrativa* del Estado (particularmente el local) no hay otra respuesta posible y en consecuencia actúa oponiendo una fuerza física de confrontación/represión como la policía. Pero que la represión no sólo apunta al acontecimiento sociopolítico coyuntural, sino que se dirige al pasado, a la búsqueda de reafirmar una memoria creada desde *su* narrativa y a evitar que una narrativa de memoria alterna se establezca. Apuntando con ello a futuro a la generación de una doble historicidad de la memoria; una proveniente del discurso hegemónico y una a partir de una “memoria alterna”.

A modo de conclusión

Por lo anterior podemos pensar que el acontecimiento de represión no es ajeno a las circunstancias de la memoria social, ni a las de lo político, aun podríamos pensar que implica una historicidad, y que su relevancia se sitúa en diversos registros en un tiempo. El acontecimiento es, en sí mismo, una manifestación de una lucha que se ejerce en la sociedad, una confrontación en la que los diversos registros simbólicos, las condiciones socioeconómicas, la desigualdad en el reparto de la riqueza y la dominación de un sector de la población se hacen patentes y se hacen cuerpo.

Creo conveniente hablar de un término que se ha tocado poco en este texto, pero que a mi parecer tiene un papel importante en la comprensión del fenómeno: el miedo. Si pensamos, como Lidia Fernández, que “cuando el terror se instaura en la subjetividad social, el control efectivo a través de la violencia se hace innecesario, pues opera desde los mecanismos intrapsíquicos de los sujetos” (Fernández, 1995:18). Podemos pensar que el miedo que se vive en Juárez ha minado poco a poco las posibilidades de debate y de acción entre los jóvenes, puesto que “el miedo atenta contra la capacidad de elegir y participar libremente en las opciones políticas y de organización social” (Fernández, 1998:238). De tal suerte, el acontecimiento que hemos referido implica también la apropiación del derecho a participar en lo político, de organizarse y de fracturar de alguna manera los mecanismos de control a los que se encuentran sujetos los jóvenes, haciendo esto, a partir de un trabajo con las *narrativas de la memoria* que existen en la ciudad. La represión policial (que es una parte importante del acontecimiento) se juega entonces también, como una suerte de “actualizador del miedo” y con ello apunta a futuro.

Las conmemoraciones colectivas cobran importancia política como instrumentos para legitimar discursos, como herramientas para establecer comunidades de pertenencia o identidades colectivas y como justificación para el accionar de movimientos sociales que promueven y empujan distintos modelos de futuro colectivo (Jelin, 2005:100).

Y es en esta perspectiva a futuro donde quizás radique uno de los más graves problemas con el hecho represivo que hemos tratado. La creación de una *narrativa de memoria* alterna a la que se crea desde el discurso hegemónico implica, por sí misma, un modelo de futuro colectivo diferente al actual. Y con ello nos vemos obligados a reconocer las diversas *narrativas* que se han creado en los diversos grupos de la sociedad. En este caso los jóvenes estudiantes nos invitan a ver una *narrativa* que se desarrolla a partir de *su* memoria, de su participación en sucesos traumáticos, de la pérdida de familiares, amigos y espacios. Pero no es la única *narrativa* presente en el contexto de Juárez, y el modelo (que en este caso parece ser una apuesta por la ruptura de la *afonía social del dolor* y un *paso atrás* en el debate sobre las condiciones estructurales) debe ser leído y comprendido de manera conjunta con las otras *narrativas* que se desarrollan en la ciudad, para lograr un entendimiento de lo que acontece y de lo que ha acontecido.

Bibliografía

- Abal Medina, Paula (2007), “Notas sobre la noción de resistencia en Michel De Certeau”, *Kairos. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Universidad de San Luis.
- Araujo, Gabriel y Fernández Lidia (1995), “Algunas reflexiones sobre la violencia”, *II Foro Departamental de Educación y Comunicación*, México, UAM-Xochimilco.
- Arendt, Hannah (1996), *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza.
- Badiou, A. (2003), *Circunstancias*, Buenos Aires, Zorzal.
- Bakunin, Mikhail (2004), *Estatismo y anarquía*, Buenos Aires, Anarres, Utopía Libertaria.
- Bourdin, J.C. (2010), “La invisibilidad social como violencia”, *Universitas Philosophica*, núm. 54, julio, Bogotá.
- Freud, Sigmund (1915), *Consideraciones sobre la guerra*, Madrid, traducción Ballesteros, Biblioteca Nueva.
- Fernández, Lidia (1998), “Efectos psicosociales de la violencia”, *Anuario de investigación 1999*, vol. II, México, UAM- Xochimilco.
- (1998), “Prólogo”, en Piper, Castillo (coord.), *Voces y ecos de la violencia: Nicaragua, Chile, México*, I, Chile, ILAS.

- Gimenez, M. (1998), "U.S. Ethnic Politics. Implications for Latin America", *Latin Americans Perspectives*, vol. IX.
- Golubov, N. y Parrini, R. (2009), *Los contornos del alma*, México, UNAM.
- Hernandez, V. (2005), "La memoria colectiva de Maurice Halbwachs", *Athenea Digital Revista de Pensamiento e Investigación*, Universitat Autònoma de Barcelona (on line).
- Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*, cap. IV, España, Siglo XXI Editores.
- (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- (2005), "Exclusión, memorias y luchas políticas", en *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso.
- Jimeno, Myriam (2009), "Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia", en Golubov y Parrini (coord.), *Los contornos del alma*, México, UNAM.
- Vila, P. (1999), *Identidades fronterizas*, Chihuahua, Colegio de Chihuahua.
- Žižek, Slavoj (2011), "El violento silencio de un nuevo comienzo", *El País*, 16 de noviembre de 2011.
- (2008), *Seis reflexiones sobre la violencia*, Buenos Aires, Paidós.

